



Año IV

→ BARCELONA 9 DE NOVIEMBRE DE 1885 →

Núm. 202

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENTREVISTA DE CÁRLOS V y FRANCISCO PIZARRO A LA VUELTA DE SU PRIMERA EXPEDICION AL PERÚ

(copia del cuadro de Angel Lizcano)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—OTOÑO (*la caída de las hojas*), por don Benito Mas y Prat.—LA NOVELA DE UN PERIODISTA, por don A. Sanchez Ramon.—SI YO FUERA RICO (*conclusion*), por don Luis Mariano de Larra.—LA GIGANTOMAQUIA DE PÉRGAMO (*conclusion*), por don Luis Carreras.

GRABADOS: CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA RECIBE Á DON FRANCISCO PIZARRO Á LA VUELTA DE SU PRIMERA EXPEDICION AL PERÚ, cuadro por Angel Lizcano.—LOS GIRONDINOS CAMINO DEL SUPPLICIO, cuadro por Piloty.—LAS GACELAS, cuadro por J. R. Wehle.—JARRON, dibujo á la pluma por Roca.—GRUPO ESCULTÓRICO DEL GRAN ALTAR DE PÉRGAMO: *Minerva luchando con los gigantes*.

NUESTROS GRABADOS

CÁRLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA
recibe á don Francisco Pizarro
á la vuelta de su primera expedicion al Perú,
Cuadro por Angel Lizcano

Era en el año 1526, cuando Francisco Pizarro, que de guardador de ganados habia ascendido á importante puesto en la milicia, se asoció con Diego de Almagro y con Francisco Luque, hidalgo el primero y sacerdote el segundo, y disponiendo á sus expensas una nave y con solos ciento doce hombres á sus órdenes, se lanzó nada ménos que á la exploracion y conquista del Perú. Unas veces con próspera fortuna, y otras con adversa, fueron adelantando en su empeño los bravos exploradores; mas el Perú no era la tierra pequeña y despoblada que habian previsto, y en definitiva se convencieron á la vuelta de unos meses de la impotencia de sus menguados recursos.

Entonces acordaron los expedicionarios que Pizarro diera la vuelta á España en demanda de elementos al rey emperador, á quien se presentó en Toledo (escena representada en nuestro cuadro) con un aire de dignidad y nobleza que nadie habria podido esperar del antiguo guardador de puercos, conforme observa Lafuente; haciendo una pintura tan viva, tan animada y discreta de los países que habia descubierto y de los trabajos y miserias que habia pasado por ganarlos y difundir en ellos la fe cristiana, que el monarca no sólo le prestó auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitán general de doscientas leguas de costa en Nueva Castilla (que así se llamaba entonces el Perú) y le confirió el título de Adelantado de la tierra.

LOS GIRONDINOS CAMINO DEL SUPPLICIO,
cuadro por Piloty

Este lienzo permite formarse una idea bastante exacta de la más grande y trascendental de las hecatombes de la Revolucion de Francia. Los fundadores de la República se habian hecho culpables de atentar á su unidad, y un jurado, compuesto de ilusos, de envidiosos y de cobardes, decretó la muerte de veintiun republicanos sinceros, que vanamente intentaron contener aquello mismo que ciegaemente habian desenfrenado. Hé aquí un párrafo de Lamartine, el historiador poeta, que explica perfectamente el cuadro de Piloty:

«Cuando todos los cabellos hubieron caído sobre el pavimento del calabozo, los verdugos y los gendarmes reunieron á los condenados y les hicieron marchar en peloton hácia el patio de la cárcel. Una multitud inmensa les rodeaba. Apenas habian traspuesto la puerta de la Conserjería, los Girondinos entonaron á coro y á guisa de marcha fúnebre, la primera estrofa de la *Marsellesa*, recalando con enérgica significacion estos versos susceptibles de doble sentido:

Contre nous de la tyrannie
L'étendard sanglant est levé.

»Desde este momento dejaron de pensar en sí mismos para ocuparse solamente de dar al pueblo un ejemplo de cómo morían los verdaderos republicanos. Al terminar cada estrofa, sus voces, siempre más robustas y expresivas, entonaban la siguiente, con progresivo entusiasmo. Su marcha y su agonía fueron un no interrumpido canto. Se les condujo al lugar del suplicio colocados á razon de cuatro en cada carreta; solamente una de estas iba cargada con cinco girondinos: era la que conducía el cadáver de Valaze (se habia suicidado en la Convencion al enterarse de su sentencia de muerte). Su desnuda cabeza, sacudida por los movimientos de la carreta, chocaba contra las rodillas de sus compañeros, que cerraban los ojos para no ver su lívido semblante, pero sin interrumpir por esto su canto patriótico.»

La obra de Piloty no está del todo conforme con esta relacion, pero no deja de ser grandiosa y produce la impresion que su autor ha podido desear.

LAS GACELAS, cuadro por J. R. Wehle

Si la gacela, según los poetas, es animal tan bello como tímido é inocente, el autor de este bonito cuadro ha obrado cuerdamente presentando á una pareja de aquellas en un bosque donde descansan unos agraciados niños, en natural actitud agrupados. Igualmente inofensivos los racionales y los irracionales, ni aquellos temen á estos ni estos recelan de aquellos; cualquiera diría que los cuadrúpedos

están discutiendo la manera de entrar en relaciones con los muchachos, que les contemplan como pudieran hacerlo con unos inesperados compañeros.

Aun cuando las figuras tengan en este cuadro mayor importancia de la que suelen tener en la generalidad de los paisajes, es manifiesto que el pensamiento del autor ha sido principalmente la pintura del interior de un bosque frondoso, que tiene excelentes términos, buena atmósfera y apropiada luz.

JARRON, dibujo á la pluma por Roca

Este elegante objeto de arte decorativo se encuentra en el parterre de la Fama del Real Sitio de San Ildefonso, de España, conocido vulgarmente por *la Granja*.

Allí lo ha copiado el Sr. Roca con inteligencia suma, pudiéndose apreciar en su trabajo los menores detalles del jarron, presentado con un relieve y unos efectos de luz verdaderamente notables.

OTOÑO

LA CAIDA DE LAS HOJAS

Para el indiferente, la caída de las hojas es un efecto natural, más ó ménos pictórico, que trueca el paisaje en monótona exposicion de esqueletos de árboles y plantas, y con el cual se indica que se acercan los chaparrones de noviembre.

Mas como no todos los seres humanos son indiferentes, el fenómeno de la efoliacion tiene para el que medita ó fantasea, sus analogías y sus íntimas afinidades.

Decíame cierto amigo, muy apurado porque veía acercarse *la caída de la pámpana*, que le entristecía tanto una viña sin hojas como un tonel sin vino, y que cuando entraba en un jardín donde se habian agostado las flores, se acordaba siempre del convento de monjas de su pueblo, en el cual quedaban la priora y tres apergaminadas profesas, y habian desaparecido las novicias.

Y no le faltaba razon á mi amigo en ambos puntos. La hoja alegre como el mosto y una alameda desnuda no puede ser nido de palomas torcaces.

Cuando las hojas caen, huyen las aves á climas extraños; las damas envuelven sus formas en pieles, transformándose en seres dúplices que tanto tienen de nutria, de armiño y de zorra, como de hermosas hijas de Eva, y los típicos se van con las golondrinas, rubricando las cuentas galanas de primavera con un esputo de sangre.

Recuerdo una alameda sin hojas. El leñador con el hacha en alto, cortaba un álamo blanco á cuya sombra habia descansado yo con mi tierna amiga la pobre Trini. Cerca de aquel árbol estaba el arroyuelo vestido de juncos y espadañas, en cuyas márgenes hicimos barcos de corcho, pajaritas de papel y castillos en el aire.

El arroyo se habia convertido en ronca avenida y el árbol que nos prestó su sombra estaba destinado á tenderse sobre las embravecidas aguas. Por aquel puente, estrecho como el Cinerad, podía pasarse á la huerta próxima en donde aún se veían verdear las hortalizas de otoño y ostentaban orgullosamente algunos árboles frutales cuatro harapos de hojas amarillentas.

Trini habia saltado hacia tres meses el arroyo aquel como una cabbitilla, enseñándome un pié menudo y una pierna con medias color de rosa, más redonda de lo que podía esperarse de su constitucion flaca y enfermiza. A los pocos dias saltó un arroyo más ancho y más profundo; el arroyo del cementerio: tambien recuerdo que ví sus piés rectos y menudos, aprisionados en botitas azules, separados en forma de V y sobresaliendo de la caja algunos centímetros.

El primero fué un verdadero salto de amor que la trajo á mis brazos; el segundo fué un salto mortal que la alejó de mí para siempre.

Cuando yo visité la alameda en su compañía habia muchos pájaros, muchas abejas, muchas mariposas y muchas flores. ¿Dónde diablos han ido tantos seres como hacían ruido en torno nuestro? ¿De qué les sirvió tanto trinar, tanto zumbiar, tanto revolotear entre las matas?

Una pobre mariposa blanca giraba con pertinacia cerca de nosotros, entrando y saliendo por entre el varillaje del quitasol de mi amiga. Trini, enfurecida, cogíola en un descuido con el pico de su pañuelo y la clavó en su imperdible viéndola espirar sin lástima. Sé que nadie—ni yo mismo—ha llorado cuando murió la rubia Trini, la atormentadora de mariposas; si las mariposas son almas, es justa la compensacion.

Pero, ¿qué es esto?...
Cae sobre mi libro de memorias una hoja seca. ¿De dónde vendrá?

En el cierro de enfrente hay rosales. Las brisas de octubre, furiosas porque no encuentran flores en ellos, roban las hojas y, viendo que ni brillan ni perfuman, las dejan en cualquier parte. No sé qué parece esta hoja arrugada y amarilla que casi se me ha puesto bajo los puntos de la pluma; pero es el caso que yo he visto algo que se le parece. ¡Ah, ya caigo!... el corazón de una coqueta arrojado desde el balcon al primero que pasa por la calle.

La verdad es que la naturaleza ha sido mas previsora con la planta que con el hombre. La floresta se viste todos los años con un traje nuevo, flamante, primorosamente cortado, sin tener que sujetarse á los caprichos de la moda

ni pagar la cuenta del sastre. La lluvia y el viento cuidan de lavarles la ropa y de cepillarles el polvo. Hay naranja que se pone todas las mañanas camisa limpia; es decir, que se cubre diariamente de azahares.

El primer hombre quiso imitar servilmente al vegetal robándole un trozo de vestido y se colocó la hoja de parra; esta creció, poco á poco, al abrigo del pudor femenino y extendiéndose como hiedra por el tronco del género humano, acabó por vestirle y encarcelarle. Hoy que el lujo, el bienestar, la suave molicie, van haciendo de la tierra un Eden y nos acercan al primitivo Paraíso en tren relámpago, la hoja se encoge y vuelve á sus primitivas dimensiones.

Entrad en el baile y notad cómo se delata el traje paradisiaco en esos pedazos de raso y terciopelo que apenas cubren los hombros y que se escurren por los piés de las hermosas desnudándose suavemente. La hoja del eden se halla en pleno renacimiento.

Las ilusiones perdidas
son las hojas desprendidas
del árbol del corazón,

dijo Espronceda, que, como buen romántico, hallaba el punto de contacto de los árboles con los corazones y sabia encontrar íntimas analogías entre un huevo y una castaña.

Nada más cierto, sin embargo, que la frase del popular poeta. En los períodos otoñales de la vida subjetiva, el viento huracanado de la ambicion, del deseo ó del entusiasmo se lleva unas cuantas hojas del músculo carnoso que convirtió en árbol Espronceda y todo se ve negro y descarnado. El paisaje externo y el interno se asemejan como dos gotas de tinta; las hojas no pueden sufrir el peso de la lluvia; los ojos no pueden sufrir la pesadumbre de las lágrimas.

Es curioso seguir el proceso del crecimiento y desmembracion de esas hojas invisibles, que suelen volar por los ojos, por la boca y hasta por la punta de los dedos, según las solicitaciones de la vista, del gusto ó del tacto.

La primera hoja que vuela es la de la amistad, porque no hay niño á quien otro no haya robado un juguete; la segunda es la del amor, porque no hay adolescente que haya dejado de sufrir las genialidades de una vendedora de afectos; la tercera es la de la fe, porque son pocos los que buscando la verdad no tropezaron con las hipocresías y las injusticias de la tierra.

Explicase claramente cómo un árbol desmochado vuelve á cubrirse de hojas; mas no se concibe del mismo modo cómo los corazones hechos pedazos retoñan y reverdecen. Un amigo engañado que busca otro amigo; un amante burlado que busca otra amada; un viudo que va de nuevo á la vicaría, son tres troncos pelados que se cubren de hojas artificiales; tres plantas muertas que ostentan flores de trapo.

Hay una frase vulgar que tiene gran analogía con el pensamiento culto de Espronceda y que expresa á las mil maravillas el difícil estado del hombre que ha perdido las ilusiones: *á ese—dicen—se le han caído los palos del sombrero*.

Este sombrero es, á veces, símbolo del techo del hogar, que desaparece.

No hay conjunto más lúgubre, más otoñal, que esas ferias de trastos viejos, *de hojarasca del hogar*, que ruedan en el polvo del Rastro de Madrid ó del Juéves de Sevilla y que suelen cruzar bajo los piés del transeunte como los despojos de la selva.

Tálamos y cunas vacías; muebles rotos y desvencijados; vajillas dañadas é incompletas; retratos y recuerdos de familia, hacinados en monton y barridos en el suelo.

¿Dónde están sus dueños? Cayeron tambien como la hiedra pegada al muro ruinoso y se sepultaron en los escombros. Una inicial, perdida entre la desgarrada tapicería, una trenza de pelo encuadrada en un marco sucio y sin cristales, tres cintas mugrosas y algun medallon abollado y sin muelles, guardan como los jeroglíficos de Tebas la historia del poseedor de esos efectos, que acaso los veneró hasta su muerte entre sus lares y penates.

Hoy, el transeunte desalmado hace burla del peinado de cocas de la dama de los pensamientos del muerto, del extraño peluquin de estopa del autor de sus dias, y del corazón atravesado por flechas que bordó derramando lágrimas aquella celestial doncella del siglo pasado. Un cofrecillo de sándalo pintado de almagra por manos profanas, y que un rebuscador de antigüedades *sacará por el olor comprándolo por tres perros grandes*, guarda aún las hojas secas de cierta flor, prólogo de una historia rancia de amores, que se tradujo en una suegra, tres cuñadas, un primo y siete pequeñuelos revoltosos.

Tambien hay hojas que caen, léjos del bosque y de la alameda. Estos despojos que van al hornillo ó al pudriero despues de haber provocado el llanto, la risa ó la indiferencia de dos ó tres generaciones, tienen algo de terrible y de sarcástico.

He visto dos retratos de amantes adúlteros entre los trastos viejos de un puesto de feria: la fotografía medio borrada del esposo engañado presenciaba impávida aquella apoteosis postrera. Los culpables estaban unidos en su presencia; cuando el ropavejero guardaba los cachivaches, solía colocarlos juntos en un ángulo, boca con boca y cuerpo con cuerpo.

No sé porqué recordé á Paolo y Francesca, condenados por Dante á estar unidos en los círculos de su Infierno. El gran poeta florentino los vió pasar abrazados estrechamente, sufriendo el atroz castigo en una especie de éxtasis infernal, mientras que el desdichado Ganciotto,

el hermano engañado, se mordía las uñas de rabia en un solitario extremo.

Como las hojas secas, llevábalos el viento huracanado de acá para allá, por aquellas profundidades. Ahora bien, pregunto yo: ¿se escribió para ellos el terrible: *Lasciate ogni speranza?*

BENITO MÁZ Y PRAT

LA NOVELA DE UN PERIODISTA

(CARTA A UN AMIGO)

I

Querido Leon: Hace ya doce años que nos separamos; doce años, que equivalen á doce siglos para esta pobre humanidad que en sólo veinticuatro horas tiene ocasion de aburrirse otras tantas veces.

En doce años todo cambia, todo, ménos mi amistad invariable hácia tí. ¡Cuánto bien me ha proporcionado tu carta!

Por lo pronto, y esto no admite duda, me ha rejuvenecido; en vano busco, desde hace una hora, algunos ploteados hilos que estos días asomaban con desvergüenza inaudita en mi barba y en mis cabellos; será una ilusion, pero la lectura de tu carta me ha trasportado en cuerpo y en espíritu á otros lugares y á otros tiempos... Deja que saboree este goce; es el primero que he experimentado desde que me separé de tí. Juntos entramos en las aulas, y juntos salimos de ellas; tú, con la cabeza llena con el *Fuero juzgo*, las *Pandectas* y las *Partidas* del Rey Sabio; yo, chorreando *Materia Farmacéutica*, animal, vegetal y mineral, por todos los poros de mi cuerpo; tú, te encerraste en ese poblachon; yo, me vine á Madrid; tú has sido alcalde y juez municipal, nada ménos, en diversas ocasiones; yo, ¿qué he sido?... ¿qué soy?... ¿qué seré?... ¡Qué diferencia entre ambos!

Tendrás tus penas, ¿quién no las tiene? pero despues de todo, tu existencia se desliza con un sosiego envidiable entre las cuatro paredes de tu casa solariega. Eres abogado, por lujo; trabajas por lujo, y lujosamente te permites ser autoridad de vez en cuando; recibir los homenajes de tus súbditos, pasear por tus viñas, comer á las doce en punto, calzar zapato blanco, criar abdómen, hacerte rico... ¡Y á pesar de todo, me envidias porque estoy en Madrid!... Y lo que es más... (no sé cómo calificarlo) más monstruoso todavía, me envidias porque ves mi nombre en *letras de imprenta* en los periódicos!... Convéncete, amigo mio; eres un excelente muchacho, pero no eres filósofo. La filosofía es una gran cosa para los que como tú llevan una vida sedentaria; los distrae y los encariña con su posicion. Tú, desde que en Granada te hiciste abogado, no has sabido nunca de L... ¿Sabes lo que es Madrid?... Oye y compara.

II

Te contaré mi vida; no porque tenga nada de particular; es la vida de otros muchos, pero en su relato va envuelta la pintura de lo que es Madrid; no el Madrid ficticio, ideal, tentador, que á través de una gasa de color de rosa se ve desde provincias, sino el verdadero Madrid, con sus miserias, con su glacial desden, con sus crueles decepciones. Para un extraño, este *cuento*... histórico seria fastidioso; para tí, que me quieres, será interesante; ya lo sé.

A mí me perdió Perez Escrich. No lo acrimino, ni lo culpo; no le guardo rencor, ántes al contrario, es muy amigo mio y le quiero mucho... ¡pero me perdió!... ¿Te acuerdas con qué afan lefamos á hurtadillas en la clase su *Frac Azul*!... Aquellas aventuras, aquellos episodios de la *vida bohemia* que tan bien describe en su libro, me llenaron la cabeza de fantasmagorías. Quise ser literato, mejor dicho, quise *pasar hambre*, dormir de día, no acostarme de noche, asistir á una tertulia en el café, recogerme en una buhardilla, tener por todo ajuar una silla coja y un catre desvencijado, recitar versos al aire libre, escribir comedias á seis duros el acto... Esto deseaba, porque todo esto se pinta en *El Frac Azul*, y puedo asegurarte, querido Leon, que todo, todo absolutamente lo he conseguido. ¡Qué bár... quiero decir, qué inocente! ¡Lo que va de lo vivo á lo pintado!

III

Llegué á Madrid, como llegan otros muchos; lleno de ilusiones y de manuscritos. En el fondo de mi maleta gozaban apaciblemente del sueño de los justos un drama romántico y algunos centenares de poesías líricas. Esto, unido á un par de onzas para vivir hasta que se representase el drama y un editor me quitase las poesías de la mano, constituía todo mi capital. ¡Figúrate! Lo primero que hice fué visitar el café Suizo, el café de la *bohemia*, el café de que tanto habia oído hablar desde mi rincon de provincias. No quiero negarte que sentí cierta indefinible emocion al traspasar aquellos umbrales; el corazon se me queria saltar del pecho; me ahogaba. ¡Cuánta gente!... y todos serian literatos?... ¿Todos pertenecerian á aquella *bohemia*, cuya aventurera vida me habia traído á Madrid? Indudablemente. Si no, ¿cómo habian de estar en el Suizo?

Por aquella época se publicaba el *Gil Blas* y todas sus firmas permanecian indelebles en mi memoria.

Sentéme junto á un velador, en el sitio más apartado

de la sala, y pedí café. Apénas me lo sirvieron, pregunté al mozo:

—¿Conoce V. á D. Luis Rivera?

—Sí señor; allí está.

—¡A ver!... ¿Cuál es?...

—Aquel señor de bigote negro, que está en aquel lado...

¡Devoré con la vista á Luis Rivera! ¡No me hartaba de mirarle! Y la verdad, me pareció que iba demasiado bien vestido para lo que yo me habia figurado. Perdonéme la memoria del pobre Rivera, pero yo hubiese preferido verlo con una levita de alpaca muy raída y un sombrero de color de ala de mosca. Rivera, por el contrario, iba muy limpio y muy elegante.

—¿Y aquel señor que está á su lado?—seguí preguntando al camarero.

—¿Aquel de las patillas y el bigote?

—Justo.

—Es D. Roberto Robert.

—¡Cómo!... ¡Roberto Robert!... ¡Con que ese es Robert!... ¡Tan gravel!... ¡tan serio!...

Me costaba trabajo creerlo. Yo me habia figurado al pobre Robert mucho más jóven y mucho más alegre. ¡Con qué ansia, con qué envidia, con qué veneracion lo contemplaba!... El camarero me fué mostrando uno á uno todos los literatos, todos los artistas allí reunidos; Figueras, Rico, Ferran, Correa... ¡y el ilustre y desgraciado Becquer!... Este último... este sí que me pareció al primer golpe de vista un verdadero bohemio!

Salí del café, aturdido, embriagado de felicidad. ¡Los conocia!... ¡los habia contemplado de cerca!... Más aún; al salir, mi manga habia rozado con la de Roberto!... ¡Yo era uno de tantos!... ¡Uno de los personajes de *El Frac Azul*! Mis sueños se realizaban.

No te rias de estas puerilidades. En cuanto á mí, te juro que para no prescindir de muchas de estas ridiculeces, que casi me avergüenzan, tengo que figurarme que nadie absolutamente, ni aun tú mismo, se ha de enterar de mi *confesion*.

IV

Aquella noche no dormí; mi cabeza era un caos. Rivera... Roberto... el *Gil Blas*... mi drama... los editores... la gloria... ¡Qué espantoso *pot-pourri* bullia en mi cerebro! Calentamiento, febril, daba vueltas en la cama, recitando todos mis versos de memoria y haciendo planes para el porvenir.

El primer periódico en que apareciese mi firma, lo mandaria á L..., para que mi familia y mis amigos vieses lo que yo valia, y se avergonzaran del tiempo en que se habian reído al leer, por sorpresa, alguna de mis composiciones. Luégo *soñé despierto* con el teatro; al dia siguiente llevaria mi drama al *Príncipe*, con objeto de que ántes de una semana estuviera ensayado, y poco despues se pusiera en escena. Con el dinero que me produjese (que seria mucho) ¿qué haria?... ¿Emprender un largo viaje por el extranjero?... ¿comprar una casa en el sitio más céntrico de Madrid y alhajarla lujosamente?... ¿asombrar al orbe con una tirada *monstruo* de mis versos?... ¿fundar un periódico?... Te lo confieso ingenuamente: de todas estas ideas, que amontonadas bullian en mi cerebro, triunfó la de enriquecer á mis padres, que eran pobres, y traerme á mi lado. Algo de meritorio habia en esta decision, pero tambien habia mucho de vanidad. ¡Qué orgullo para un hijo, ser, cuando aún no tiene pelo de barba, cuando sus aspiraciones se han considerado como locuras infantiles, ser, repito, con la realizacion de esas mismas aspiraciones, el sosten, el apoyo de sus padres!... Súbitamente una horrible tristeza abatió mi ánimo; me ví solo, solo... á una porcion de leguas de mi casa; perdido en el oleaje de una capital para mí completamente desconocida, sin un amigo, sin una persona á quien dirigirme, á quien acudir si me sucediera alguna desgracia, si me pusiera malo, por ejemplo. ¡Qué horrible me parecia la casa de huéspedes!... ¡Qué extraño, qué desconocido cuanto me rodeaba!... ¡Qué indiferencia tan glacial habia en todos los semblantes!...

Con los ojos cerrados pasé revista á cuanto acababa de abandonar; ví á mis padres, á mis amigos, á mis maestros; ví mi casa, sin olvidar un solo detalle; ví, por último, todo lo que para mi alma significaba amor, cariño, amistad, interés, cuidados... ¡hogar!... Hundí mi cabeza en la almohada, y lloré. Era un niño.

V

Era un niño hecho hombre de repente, por improvisacion.

Con el dia, aquella nostalgia, que escudándose en la sombra se habia apoderado de mi espíritu, borróse por completo.

Recobré toda mi decision; mi castillo de naipes volvió á levantarse nuevamente hasta las nubes. A la hora que me pareció más adecuada al objeto que me proponia, salí á la calle, altivo, orgulloso, mirando con desprecio á mi alrededor, compadeciendo á todo el que pasaba por mi lado; y sin comprender cómo era posible que los transeuntes, en su mayoría, aparecieran alegres y satisfechos, cuando ellos no llevaban, seguramente como yo, un drama en el bolsillo.

Preguntando acá y allá, me encaminé al teatro; allí me dijeron por la rejilla del despacho de billetes, porque el local estaba cerrado, que el primer actor D. M. C. vivia en la calle de Atocha, número... Llegué á la casa indica-

da; llamé en el piso que se me habia designado, y un hombre, en mangas de camisa, abrió la puerta. Aquel hombre tenia un aspecto distinguido; conocíase á primera vista que era el amo de la casa.

Una cosa me chocó apénas miré al interior del cuarto; el pasillo estaba completamente obstruido con una porcion de muebles sembrados en desórden; de mundos, de baules y de maletas á medio arreglar.

—¿Don M. C.?...—pregunté á aquel caballero.

—Servidor de V.—me contestó, y políticamente invitéme á entrar.

Yo no quise pasar, sin embargo, de... la primera maleta. Saqué el manuscrito y le expuse á aquel señor lo que pretendia; pretendia, nada ménos, que saber ¡si la *semana siguiente* se representaria mi obra! D. M. C., además de fino y amable, era hombre de experiencia. Conoció desde luégo con quién se las habia, y sólo á esto debí, sin duda, que en aquel instante no me echara rodando por la escalera. En lugar de incomodarse, ni aun de sorprenderse, mostró un gran sentimiento por no poder siquiera leer mi drama, pues la temporada teatral habia terminado el dia anterior, y él marchaba á provincias aquella noche. ¡Estábamos á últimos de mayo!... ¡Maldito si yo habia tenido en cuenta tal cosa!

No, no salí de aquella casa como entré. Entré rico y salí pobre; entré soberbio, escuchando aplausos y dándome vida de gran señor, á cuenta de mi drama, y salí abatido, humillado, meditabundo, oprimiendo febrilmente el manuscrito entre mis uñas, contando, distribuyendo económicamente lo que me restaba de mi capital, variando mi plan de vida, en una palabra... Tropecé contra un aguador; un coche estuvo á punto de aplastarme en la plazuela de Matute.

Pero ¡qué demonio! No todo estaba perdido; aguardaria para colocar mi obra á la siguiente temporada, y entre tanto, me quedaba mi coleccion de poesías que los editores habrian de disputarse, y el recurso de redactar en un periódico, no dudando que en el primero á que llegase encontraria quien me recibiera con los brazos abiertos.

VI

Pasó un mes, durante el cual yo no hice nada, tontamente confiado en el porvenir, efecto de esta pereza, de este espíritu aventurero que nos distingue á los andaluces.

El dinero se iba acabando, mejor dicho se habia acabado.

Cuando tuve que acudir al último duro, sacudí bruscamente mi letargo; el «mañana» se presentaba nebuloso, horrendo; era necesario resolver el problema. Yo habia traído dos cartas de recomendacion.

Una para el director de un periódico moderado. No la aproveché: mis ideas políticas (¡asómbrate!... ya tenia yo ideas políticas!) me lo vedaban. Aquello fué un lujo de puritanismo, algo extemporáneo, pero puritanismo al fin.

La otra carta era para don A. T., popular autor de unos cuentos que ávidamente se leian, y redactor (entonces) de un periódico noticiero.

Fuí á la redaccion de este periódico á preguntar por don A. T...; no estaba en Madrid por aquella época, y para saber á punto fijo cuándo regresaria, me dirigieron á casa del propietario del periódico.

La acogida que merecí de este señor no pudo ser... ¿cómo diré yo?... Permítame que use aquí una expresion de nuestro pueblo... más... *á la pata la llana*.

Vestido de batin y gorro y calzando pantuflas, estaba en un gabinete arrellanado en una cómoda butaca y profundamente abstraído en la lectura del folletin de un periódico. Tan abstraído estaba, que despues de un breve altercado que originara su distraccion y mi inconveniente irascibilidad, me marché á la calle, colérico, humillado y sin lograr el objeto que me habia conducido á aquella casa.

Todavía no conozco personalmente á don A. T...; su carta y la del periodista moderado las conservo aún en el fondo de mi pupitre.

VII

Comenzaron las privaciones; es decir, comencé á ser *bohemia* segun lo habia deseado. Pero cuando lo deseaba yo no podia figurarme que la *profesion* era tan ingrata, tan horrible, tan espantosa.

Mil veces renegué de mi decision, y otras tantas maldije mi locura.

A los dolores físicos que me martirizaban, uníanse mucho más terribles, mucho más crueles, los dolores morales. Y en medio de mis sufrimientos, reíame de mí mismo; reíame... rabiando; reíame, para castigarme, para vengar en mí lo que por mi sola culpa padecia. A nadie podia culpar de mi suerte, á nadie más que á mí mismo. Era un doble desconsuelo.

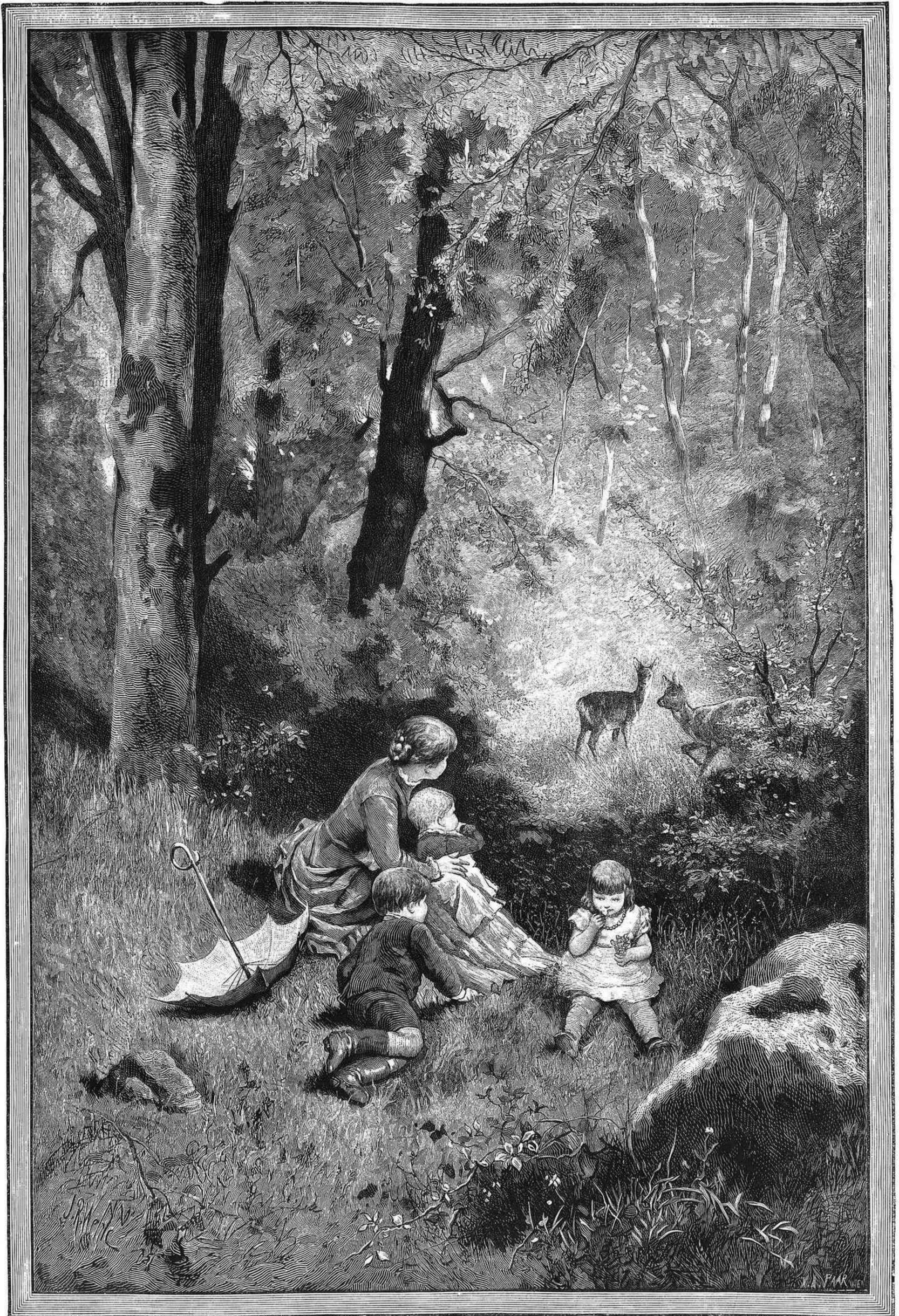
Tomé la coleccion de mis poesías, y con ella debajo del brazo, me eché á buscar un editor.

¿Cómo lo buscaba?... De la manera más á propósito para no encontrarle. Yo no conocia á nadie; yo no tenia la menor idea de lo que era tratar con editores; es más; yo creia que todo editor era librero y vice versa. ¡Admirar mi ignorancia!

Recorrí todas las librerías de la calle de Jacometrezo; en unas, no me contestaron, en otras se rieron, en otras, me aconsejaron guardase los papeles en mi casa, porque las poesías no las compraba nadie, y ménos de un desconocido. Este lenguaje era incomprensible para mí. Caminaba de sorpresa en sorpresa, de decepcion en decepcion.



LOS GIRONDINOS CAMINO DEL SUPPLICIO, celebrado cuadro por Piloty



LAS GACELAS, cuadro por J. R. Wehle

Por último, rendido, jadeante, desesperado, volví a mi casa. ¡Y qué casa!

Púsemme a reparar mis poesías, para convencerme— aunque no lo necesitaba— de que eran sublimes y de que los libreros se habían dado de ojo para burlarse de mí. Quedé entusiasmado con la lectura. ¡Qué odas!... ¡qué sáficos!... ¡qué acrósticos tan laberínticos!... Cantaba a Dios, a la Virgen, a todos los santos, al Ángel de la Guarda y a mi novia. En fin, todo lo que han cantado ya desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, los *poetas rurales* de todos los lugares, villas y aldeas de todas las provincias de España. Pero con ser tan sublimes aquellos borbotones de inspiración, no me sacaban de mi apuro. Los guardé, pues, hasta que llegaran mejores días.

VIII

Acudí al último recurso que me quedaba, el periódico, y logré que un compañero de hospedaje me presentara en la redacción de *El Hombre Libre*, diario de mis opiniones.

Ya te he dicho que me permitía el despilfarro de pensar por mi cuenta y riesgo, haciendo total abstracción de las circunstancias.

El director de *El Hombre Libre* me recibió afablemente y puso a mi disposición todos los periódicos, para que principiase a trabajar.

—¿Qué hago?

—Lo que V. quiera.

¡Qué penas!... ¡qué sudores!... Comencé a leer periódicos; el uno defendía esta idea; el otro, la otra; los conservadores exponían sus creencias de un modo, que a mi juicio, no había medio de rechazarlas; pero venían luego los liberales, y se expresaban de tal manera, que inútilmente se hubiera tratado de combatirlos. En resumen; para mí, todo el mundo tenía razón. No obstante, intenté hacer mi suelto; escribí la primera palabra; la borré; comencé de nuevo; volví a borrar; diez veces repetí la misma operación, hasta que por último, sofocado, calenturiento, rompí la cuartilla y la deslicé debajo de la mesa, no sin guardarme para hacer esta operación de todos los demás redactores, que de reojo me miraban, y que maliciosamente se sonreían al hacerse cargo de mis apuros.

Al cabo de ocho días, ó más propiamente hablando, de ocho noches, porque el periódico era de la mañana, logré escribir un suelto de media cuartilla, que supuso un gasto de dos cuadernillos de papel. ¡Con qué impaciencia esperaba el periódico al otro día!... ¡Y qué terrible indignación se apoderaba de mí al considerar que mi suelto no iba firmado!... ¿Porqué no se firmarán los sueltos?— me preguntaba.—¿De qué manera justifico yo que ese suelto es mío?

Llegó el periódico; busqué en él con afán, escudriñando desde la primera línea hasta la última, lo que la noche anterior había escrito, y no estaba. ¡No estaba!... ¿Comprendes tú mi desaliento, mi humillación, mi rabia, en aquel instante?... Es imposible. Sería necesario para esto que tú mismo lo hubieses experimentado.

Volví, no obstante, a la redacción, mohino y cabizbajo; continué escribiendo, emborronando papel á troche y moche, hasta que por fin, un día, ¡qué día! me publicaron unos versos... Crecí entónces, al contemplar mi obra, diez codos lo ménos sobre el nivel ordinario. Pero como no hay dicha completa, un mundo de dudas, un torrente de afanes, acudieron en tropel á amargar mi pecho. ¿Írá este periódico á mi pueblo?... ¿Se enterarán mis amigos, mis compañeros de casa, el mozo del café, el vecino de enfrente, en fin, todo el mundo, de que ese romance lo he hecho yo?... Con g-an extrañeza mía, ni áun mis compañeros de redacción dejaron escapar la menor palabra referente á mis octosílabos. ¡Qué escándalo!

Pasó un mes, y pasaron dos; de cada diez sueltos me publicaban uno; era lo bastante para que yo me considerase un periodista de primera fuerza. Si iba por la calle y casualmente me miraba un transeunte, pensaba:—¿Sabrá ese señor que soy periodista?...—Si entraba en un café y veía *El Hombre Libre* en manos de un concurrente, ¡qué ansiedad!... ¡qué desasosiego!... ¿de qué medio me valdría para hacerle comprender que yo era uno de los redactores de aquel periódico, en cuya lectura se extasiaba?

¡Y qué poder tan incontestable, tan absoluto, concedía yo á la prensa!... ¡Y cómo en mi candidez, la rebajaba hasta hacerla azote de lo más trivial, y á las veces, de lo más injusto!... Si el portero de cualquiera oficina me impedía el paso, si en el *Príncipe* (como entónces se llamaba) ó en la *Zirzuela* un acomodador me molestaba lo más mínimo, amenaza al canto:

—¿Sabe V. quién soy yo?... Pondré un suelto en el periódico, le pesará á V., porque el periódico...— y periódico acá, y periódico allá, esta era la frase mágica con que yo creía anonadar á todo el mundo á la vez que elevarme hasta las nubes.

Desgraciadamente aquel precioso talisman que para todo me servía, me era completamente inútil para lo más indispensable: para comer.

En el periódico no pagaban.

IX

Yo vine de mi pueblo hecho un señorito.

Poco á poco, y miéntras rodaba de periódico en periódico, fui vendiendo mi ropa hasta quedarme con lo puramente necesario para salir con decencia á la calle.

Al poco tiempo ni áun esto pude conservar.

Llegó por fin un día (¡día de prueba!) en que todos los

desconsuelos, todas las miserias, cayeron de golpe sobre mí.

Vamos por partes para que me entiendas.

X

Este *dies ira* á que me refiero fué aquel en que completamente despojado de mis ilusiones, llegué á convencerme de que yo no servía para el caso.

No te sorprendas; me he propuesto decirte toda la verdad, sin atenuaciones y sin rodeos, y llevo á cabo mi propósito, mal que pese á mi vanidad.

A fuerza de rozarme con escritores, á fuerza de asistir un día y otro á discusiones y contiendas literarias, ya en el Ateneo, ya en la mesa del café, ya en las redacciones de los periódicos; á fuerza de leer los autores modernos, y empaparme en el gusto del día y respirar esta atmósfera de Madrid, que, aparte del oxígeno y del nitrógeno, no es igual á la de provincias, llegué á convencerme con vergüenza, con irritación, con un gran desmayo de espíritu, de que mi drama y mis poesías eran un hacinamiento de despropósitos.

¡Aquel drama romántico en que yo fundaba mi porvenir!

¡Aquellas poesías, aquellas obras imitadas de Fray Luis de Leon, églogas calcadas en las de Garcilaso, que yo había hecho base de mi fortuna!

Yo me había aprendido de memoria los clásicos ántes de intentar escribir. Es un error que cometen todos.

A mi juicio, los clásicos deben de ser el complemento, el fin de la educación literaria.

Al principio, vician; al fin, ilustran.

A. SANCHEZ RAMON

(Se continuará)

¡SI YO FUERA RICO!

(Conclusion)

—Mala ocasión has elegido para felicitarme,—le contestó el otro.—El rico señor acaba de despedirme por haberme atrevido á reprenderle sus vicios y sus defectos,—y se alejó rápidamente de Kaleb, como hombre á quien los desengaños hacen mirar con horror á sus semejantes.

—¿Es posible—exclamaba Kaleb—que se desconozcan así los servicios de un verdadero amigo? Aunque uno diera la mitad de su fortuna á un amigo sincero que le advirtiera sus defectos, no sería bastante para recompensarle. ¡Ah! si yo fuera rico!

No había concluido Kaleb sus exclamaciones, cuando otra escena de que fué testigo vino á dar nuevo pábulo á su virtuosa indignación.

Un hombre, magníficamente vestido y seguido de un gran número de esclavos, rechazaba con desden á un pobre mendigo que se había arrojado á sus brazos y le decía con dolorosa sorpresa:

—¿Esta crueldad con que me rechazas es hija de la ausencia ó de la prosperidad en que te veo? ¿Es tu rostro ó el mío el que ha cambiado? Soy tu amigo de la infancia: no puedes haber olvidado al hijo de Amxon el zapatero.

—Largo de aquí, canalla!—le contestó el rico.—No quieras manchar mi traje con tus harapos ó te arrojarán á palos mis esclavos. Ni sé quién eres, ni te he visto nunca. Alejose el mendigo llorando, miéntras Kaleb, en el colmo de la indignación, exclamaba ya en voz alta:

—¡Miserio de aquel á quien el orgullo ha secado el corazón! ¿Qué es la riqueza sino un sagrado depósito que nos ha dado Dios para partirla con los pobres, con nuestros amigos y con nuestros prójimos? ¡Ah! si yo fuera rico!

Kaleb siguió andando y ántes de penetrar en la casa de su amo, encontró á un peregrino que le dijo:

—Voy á la Meca: visitaré la mezquita de Kaabah: besaré la *pedra negra*, símbolo de la alianza que Dios hizo con los hombres en la persona de Adán: beberé el agua de los pozos de Zemzan; subiré á la montaña de Aratah y sacrificaré un carnero en la cima del Minah. Ya he recogido las ofrendas de algunos hijos piadosos del Profeta: une á ellas la tuya, y Alá bendecirá todas las horas de tu vida.

Kaleb besó la mano al peregrino, le dió las dos únicas monedas de cobre que tenía y se despidió de él, diciendo:

—¡Dichoso el hombre que ejerce la caridad! Nuestro santo Profeta lo ha dicho. Cuando los das la fe, el oro y el cobre pesan lo mismo en la balanza divina.

Seguió Kaleb su camino; entró en la casa de su amo y toda la mañana estuvo trabajando con la mayor alegría.

Dos hombres habían seguido á Kaleb sin que él lo notara. Por la noche, al dar éste la vuelta á su mezquina habitación, se presentaron delante de él aquellos dos hombres, cargados con una caja que depositaron á sus pies.

—Acepta esta fortuna,—le dijeron,—pero no trates de descubrir la mano que te la envía: es un secreto que nos está prohibido revelarte.

No había tenido Kaleb tiempo de reponerse de su sorpresa, cuando aquellos dos hombres habían desaparecido.

No le quedó más medio de satisfacer su curiosidad que abrir la caja.

Ya se podrán figurar nuestros lectores cuál sería su asombro: la caja contenía quinientos mil escudos de oro.

II

Kaleb pasó toda la noche y todo el día siguiente contando y recontando sus escudos.

¡Qué repentina y maravillosa metamorfosis!

El pobre Kaleb figurará entre los ricos de Bagdad: ántes trabajaba para los otros: ahora trabajarán todos para él! ¡Ahora podrá humillar á los que tantas veces le han humillado!

El avaro Hassan le echó de su casa por haber retardado una hora el pago de su alquiler: Kaleb comprará una casa más grande y más fastuosa que todas las de Hassan juntas.

Alain le hizo condenar á una multa por el Cadí por haber empujado á uno de sus esclavos que le había tropezado al pasar: Kaleb tendrá cincuenta esclavos para despreciar á Alain que no tiene más que veinticinco.

Se alaba la liberalidad y la magnificencia de Zabari que recibe á los artistas y á los sabios dos veces al mes en su mesa. ¿Qué se dirá de Kaleb que los invitará á la suya todos los días?

Kaleb pasó muchos días conferenciando con los arquitectos, los tapiceros, los joyeros y los mercaderes de esclavos.

Examinaba una tarde sedas y tapices de Smirna, cuando el que se las enseñaba exclamó lleno de alegría, despues de haberle considerado atentamente:

—El mismo Dios ha encaminado mis pasos á vuestra casa: os reconozco perfectamente: sois aquel jóven virtuoso cuyo corazón se indignaba al ver llevar preso por cincuenta cequíes á un pobre comerciante, que dejaba sumidos en la miseria y el dolor á su hermana y á su anciano padre.

—¿Es posible! En efecto... creo recordar... tengo una idea confusa...

—El comerciante es mi primo: mi escasa fortuna no me permite socorrerle, pero al acordarme de vuestras palabras, creo que no imploro en vano vuestra caridad en su favor. Además, ¿qué importa una suma de cincuenta cequíes á un hombre tan rico como vos, cuando se trata de la felicidad de una familia entera?

—Sin duda... sin duda...—dijo Kaleb,—pero habeis venido á pedirlos algo tarde. He hecho estos días gastos enormes. Además, mi indignación aquel día era contra los comerciantes que no socorrian á uno de los suyos.

—No hablemos de mi primo,—dijo el vendedor de tapices,—pero permitidme hablaros de su bellísima hermana, la pobre Zora. Es una muchacha sin dote, pero su talento es extraordinario; su belleza maravillosa y su virtud sin par: y puesto que segun exclamasteis aquel día seriais feliz casándoos con ella, yo me encargo, si quereis, de pedirla á su padre en nombre vuestro.

—¡Diantre!—dijo Kaleb lanzando una homérica carcajada.—Una chica sin dote. ¡Sin duda habeis perdido el juicio! ¡Vended vuestras telas, buen hombre, y no os metais á negociar matrimonios!

Algunos meses despues, Kaleb había reunido en un espléndido festín á todos los nuevos amigos que le habían proporcionado sus riquezas. La sala estaba llena de parásitos que hacían el panegírico de su anfitrión con esas hábiles adulaciones que tanto gustan á los poderosos.

Los convidados estaban sentados sobre almohadas de terciopelo carmesí galoneado de oro: los fuegos de la esmeralda y el rubí serpenteaban sobre las colgaduras de brocado que descendían en majestuosos pliegues á lo largo del muro: cincuenta lámparas de alabastro, suspendidas de cadenas de plata, derramaban por todos los ángulos de la sala una luz dulce é igual: la mirra, el aloe, el ámbar y el benjuí ardían en pebeteros de bronce y embalsamaban la atmósfera con las ligeras nubes de sus perfumados vapores.

El poeta Abounavás cogió un *tambourah* y cantó unas estrofas, cuyo *ghazel* ó estribillo era el siguiente:

«Kaleb es el orgullo y la alegría de Bagdad: sólo él reúne la belleza, el talento y la ciencia. Kaleb es el primero de los hijos queridos del Profeta.»

Todos los concurrentes aplaudieron al poeta; y Kaleb, con la sonrisa del orgullo satisfecho en los labios, se quitó del dedo un anillo en el que brillaba un diamante de gran precio y le puso en el del poeta cuyos versos habían cautivado su oído de manera tan deliciosa.

Hasta este momento no había visto Kaleb á la entrada de la sala á un extranjero que contemplaba aquella escena con irónica sonrisa.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Kaleb.

—Admiro lo que pueden su adulación y tu locura. ¿No te avergüenzas de pasar tu vida en medio del fausto, rodeado de viles disolutas é infames aduladores? Abre los ojos. Cesa de disipar tus riquezas en prodigalidades que no son útiles ni á tu patria ni á tí mismo! No te dejes embriagar por el acento mentiroso de un poeta parásito, y no deposites en sus falsas manos el suntuoso anillo que aseguraria el porvenir de una familia honrada. Reforma tu método de vida si no quieres que Dios en su justa cólera, te prive de una fortuna que te concedió para que hicieras de ella un uso más noble.

—¡Que echen ignominiosamente de aquí á ese insolente que se atreve á darme consejos!—exclamó Kaleb ebrio de cólera.

Todos los convidados se asociaron á la indignación de su amigo y prurupieron en amenazas y furibundas exclamaciones. Los esclavos se lanzaron á la puerta para ejecutar la órden de su amo, pero el extranjero ya había desaparecido.

Otro día que Kaleb, rodeado de sus amigos y seguido de sus esclavos, salía de la mezquita adonde había ido á hacer alarde de su lujo más que de su piedad, un anciano de aspecto respetable se acercó á él con mucho afán y le dijo:

—Bendito sea Alá. ¡Héme aquí delante del que ha de ser el apoyo de mi vejez, el consuelo de mis últimos momentos... le estoy viendo... hablando... le puedo estrechar entre mis brazos!—y echándolos al cuello de Kaleb le abrazó repetidas veces.

—¿Qué significa todo esto?—le contestó este.—Yo no os conozco; ¿quién sois?

—Aún estabas en la cuna,—le respondió el anciano,—cuando, abandonando mi país natal, me embarqué para un largo viaje que hasta hoy no ha concluido. Entrégate sin ningún recelo a la alegría que te debe causar mi presencia: no soy para tí ningún extraño, querido Kaleb; y aunque me ves pobre y miserable, puedes responder con efusión a los abrazos del hermano de tu padre.

—¡Vos mi tío!—dijo Kaleb.—Yo no he tenido jamás parientes mendigos. O sois un loco, ó uno de tantos impostores que quieren explotar la generosidad de los ricos. Apartaos de mi presencia y no deshonreis con vuestras mentiras a mis nobles ascendientes.

—¡Ah, miserable orgulloso!—contestó el anciano.—¡Las riquezas han pervertido de tal modo tu corazón que quisieras arrancar del libro de tu vida las páginas de lo pasado! La oscuridad de tu nacimiento te abochorna. ¡Te avergüenzas de tu padre el alfarero! ¡de tu tío el mendigo! ¡Alá te castigue como mereces!

III

La impresion que hizo esta escena en Kaleb, no fué de larga duracion: se borró tan pronto como el anciano desapareció el mismo día de Bagdad, sin que le fuese posible saber lo que habia sido de él.

Una noche, despues de una orgía en la que Kaleb habia regalado a sus amigos joyas sin cuento, esclavas y caballos, y en la que todos a coro gritaban: ¡Viva Kaleb el generoso!—una voz quebrada y temblona repitió con acento sombrío:

—¡Dios conserve los días de Kaleb el magnífico!

Esta voz era la de un venerable sacerdote que se adelantó lentamente.

—¿Qué me queréis?—le preguntó Kaleb con tono brusco.

—Algo de tus riquezas, ya que tantas gastas para tus vicios, en servicio de Dios. Estamos levantando un templo y éste se quedará sin concluir si el favor de los verdaderos creyentes no nos ayuda.

—¿Y qué me importa a mí,—le contestó Kaleb,—que haya un templo más ó menos? ¡Pues me gusta el motivo que habeis tenido para interrumpir nuestros placeres! ¡Salid de aquí, viejo importuno, salid!

Pero el sacerdote no se movió y con una voz que parecia adquirir fuerza segun iba hablando:

—Kaleb,—dijo,—el impío que se muestra piadoso con el vicio y avaro con Dios, no es digno de ser rico.

Un murmullo acogió las palabras del monje, que prosiguió:

—Kaleb, el orgulloso que se avergüenza de sus parientes y reniega del nombre de su padre, no merece ser rico.

El murmullo iba en aumento, pero la voz del monje le dominaba.

—Kaleb, el insensato que recompensa al adulador y arroja de su presencia al amigo sincero, no merece ser rico.

Al llegar aquí estalló una explosion de gritos y de cólera. El monje no se cuidó de ello: únicamente alzó mucho más la voz.

—Kaleb que se regocija en gastos supérfluos y rehusa dar un óbolo al desgraciado que carece de lo necesario, no merece ser rico.

Entónces todos se levantaron para arrojar de la sala al monje, pero éste, dejando caer a sus piés el hábito que le cubria, dió un paso hácia los concurrentes. Al ver su rostro todos cayeron al suelo anonadados: era el ilustre jefe de los creyentes, era el magnífico, el justo, el poderoso califa Haroun-Al-Raschid.

—Kaleb,—dijo el califa,—si hubieras salido victorioso de la prueba a que te he sometido, te reservaba un elevado puesto al lado de mi persona. Has hecho lo que harian todos los pobres que exclaman constantemente como tú; ¡si yo fuera rico! Sé otra vez pobre como ellos, y cree que la tierra será siempre un valle de lágrimas mientras no haya un solo pobre que sepa ser rico y un solo rico que no diga con profunda conviccion: ¡Quién fuera pobre!

LUIS MARIANO DE LARRA

LA GIGANTOMAQUIA DE PÉRGAMO

(Conclusion)

II

No se tenia de esta obra ninguna noticia que llamara la atencion. Un autor oscuro de los primeros siglos del cristianismo se reducía á decir, en un librejo olvidado, que en Pérgamo habia una *gigantomaquia*, sin añadir ninguna opinion sobre el mérito ó concepto artístico que tuviese. Los mismos alemanes habian emprendido las excavaciones de la famosa ciudad asiática con un objeto muy diferente, pues se proponian descubrir unas estatuas del célebre Alcámenes, del cual no se poseia nada auténtico. De una cosa en otra las excavaciones se extendieron; empezaron á salir fragmentos de la *Gigantomaquia*; se sospechó lo que era; enviáronse muestras á Berlín con súplica de remitir fondos para explorar más el

terreno; y habiendo tenido el gobierno aleman la buena idea de hacerlo, despues de muchos meses de trabajo ímprobo, quedó descubierta la arquitectura y escultura de la *Gigantomaquia*. ¡Cómo expresar la emocion de los directores de los trabajos, al verse delante de una composicion tan colosal! El descubrimiento de cada fragmento les arrebatava de alegría y entusiasmo, y el director en jefe cuenta que el día que se halló el episodio de Júpiter luchando, que es el capital, se echó á llorar como un chiquillo, sin voz para articular una palabra. Es que las emociones del arqueólogo son como las emociones del inventor y del explorador; pues penetrado de la importancia que tiene para el mundo moderno la restitution de una obra maestra ó de un monumento histórico de las edades pasadas, le sacrifica su vida y fortuna, cifrando en el éxito la dicha de su vida.

Pérgamo era una ciudad del Asia Menor que siempre se distinguió por el talento y reputacion de sus artistas. Capital de un estado poderoso, que habiendo empezado á prosperar despues de Atenas, brillaba todavia cuando esta habia ya perdido su aureola; fué una de las que heredaron su lustre en mayor cantidad, siendo famosa por el esplendor de sus monumentos públicos, que eran objeto de la admiracion general. Pero las guerras, los terremotos y la trasformacion política del mundo civilizado, la arruinaron, la destruyeron, y borraron su nombre, del cual no ha quedado en los contornos sino una memoria desfigurada y monstruosa. Entre los monumentos más originales que comprendía la ciudad, sobresalia un altar al aire libre, dedicado á Júpiter Olímpico. Estaba colocado en una pequeña eminencia, y venia á servirle de templo la naturaleza que lo rodeaba y cubria. Así se habia adorado á casi todas las divinidades en los primitivos tiempos de Grecia; y aunque más adelante los griegos europeos modificaron esta parte de culto, construyendo templos, los griegos asiáticos no adoptaron completamente esta innovacion. De aquí que en Pérgamo no sólo hubiese este altar, sino que se conservase todavia otro primitivo, en el mismo sitio donde los antepasados lo habian colocado. Pero si los griegos asiáticos seguian de vez en cuando esta costumbre litúrgica de los antiguos, la embellecian con todos los adelantos que el espíritu humano habia hecho. Así es que el *Altar de Pérgamo* era el gran templo nacional de la ciudad.

Al llegar á cierto punto de la eminencia, se levantaba un inmenso friso de 2 metros 30 centímetros de alto, sostenido por una serie de columnitas jónicas, y protegido de las lluvias por una cornisa apropiada á este objeto. El friso daba la vuelta á la parte superior de la eminencia, formando un círculo de unos 120 metros de extension. En el centro y punto culminante de la eminencia, se hallaba el altar, teniendo por dios y por cúpula la hermosa bóveda del cielo. Al pié del altar habia una escalinata monumental, que iba bajando, rompía el círculo del friso, y se extendía hasta el pié de la eminencia. Era la entrada del edificio. En aquel friso, todo de mármol, estaba esculpida la *Gigantomaquia*, en figuras mayores que el natural, llegando algunas á dos metros, si no más. Como ya se comprenderá, el friso estaba dividido en compartimientos, y formaba con el auxilio de las columnas jónicas una serie de pequeños cuerpos, que le daban ligereza y elegancia, sin perjuicio de la unidad. Las esculturas componian un grupo particular en cada compartimiento, pero enlazadas entre sí por la idea y asunto, quitaban al friso la monotonía y confusion, y le daban un relieve, una grandiosidad y majestad colosales.

Imaginemos ahora el imponente efecto que debia producir la vista de aquel monumento singular, tan sencillo como la misma naturaleza, tan amplio como el horizonte, y tan bello como una obra original acertada. Un cielo bellísimo, azul, trasparente, más azul, más trasparente, que el hechicero de Nápoles; un sol espléndido, que todo lo inunda de vida, de color, de alegría y algazara; y en medio, en una altura, ni baja, ni excesiva para el hombre, el desnudo frontis de aquel templo, la grande y majestuosa escalinata, las alas del friso, destacando figuras gigantescas y patéticas; y en la cúspide, el misterioso altar, dedicado al dios soberano y amigo de los hombres.

La *Gigantomaquia* era una especie de himno marmóreo al poder de este dios; una especie de cántico escultural al mayor beneficio, á la caridad más sublime que habia hecho á los hombres. Aquella lucha de los Gigantes con las divinidades del Olimpo, venia á ser la redencion, tal como la habian aprendido y comprendido los hombres primitivos. La tierra y la humanidad se forman; pero sacudidas, agitadas, exaltadas por las fuerzas brutales de la naturaleza, quieren sustraerse al orden y á la libertad necesarias para prosperar y subsistir; y rebelándose desapoderadamente, furiosamente, rabiosamente, luchan con una energía horrenda, revolviendo, trastornando, confundiendo el cosmos, desatando todas las furias del mar, abriendo horriblemente los senos de la tierra, tragando y vomitando montañas, lanzando volcanes de agua y fuego, derramando una lluvia infernal de todas las cataratas del cielo, produciendo en fin, una batalla general, donde el agua, el fuego, los terremotos, los rugidos terrestres, los bramidos del mar y los huracanes de la atmósfera se confunden, produciendo el torbellino más general, más horrible, más aterrador que el hombre pueda presentar, ni imaginar. Pero el principio del orden y de la armonía triunfan; y la tierra y la humanidad quedan salvadas. Tal es el simbolismo de la *Gigantomaquia*.

Todos los pueblos de la antigüedad tienen consignado en una ú otra forma, este acontecimiento, en sus anales y libros religiosos. Los indus en sus *Himnos*; los babilo-

nios en sus *Cilindros cuneiformes*; los egipcios en sus *Jeroglíficos*; los israelitas en su *Biblia*; los griegos en su *Hesiodo*. Seria indudablemente el espantoso recuerdo, transmitido por los hombres de la época terciaria ó cuaternaria, de los cataclismos regionales que de vez en cuando perturbaban el trabajo lento de la naturaleza, al labrar nuestro planeta y trasformarlo en lo que es hoy. Los griegos, con su hermosa y plástica imaginacion, crearon con aquel recuerdo la guerra de los gigantes con los dioses, revistiéndola de tales rasgos naturalistas, que no cabe duda acerca de la idea cosmográfica que se propusieron representar. Hesiodo y Lucrecio son los autores antiguos que mejor han descrito este inmenso episodio; y los escultores de Pérgamo los que más inspiradamente lo han representado. Puede decirse á boca llena que el friso de que me ocupo es la más patética, la más sublime expresion escultural del relato de Hesiodo y del canto de Lucrecio. Demasiado largo y difuso seria referir uno á uno los episodios de la *Gigantomaquia*, además de que muchos de ellos no han podido aún interpretarse de un modo algo satisfactorio para los eruditos en mitología. Allí figuran hombres, monstruos y dioses. Pero todo está representado con tal gusto, que la belleza va siempre unida á la fuerza más colosal y á la accion más violenta; y los mismos monstruos repulsivos fascinan por el arrebatado heroismo con que luchan.

Aquí gigantes alados, medio hombres y medio reptiles, gigantes con cuerpo de toro y con garras y boca de leon, que se arrojan en lo más furioso de la batalla; los perros de la jauría de Artemisa, azuzados por los gritos de los dioses, los acometen ladrando y rechinando los dientes; los cogen por las piernas, por los brazos, por el cuello, despedazándolos y haciéndolos crujir los huesos. Los gigantes disparan enormes piedras, gruesísimas rocas, que chocan en los escudos, donde se rompen estrepitosamente. Allí varias figuras horribles, personificando la fuerza de los rios, de los mares, de los volcanes, corren, se precipitan, luchan; una cuadriga de caballos marinos con cola de pez, y bandadas de horribles serpientes, salen de las aguas y se arrojan sobre las águilas celestes, mordiéndolas, estrujándolas y ahogándolas; un monstruo marino, en forma de hombre, de pez y caballo, vuela en auxilio de sus compañeros; una partida de caballos desbocados galopa furiosamente pisando cadáveres, relinchando y rechinando los dientes; y todo son gritos, golpes, estruendo, furor, encarnizamiento y embravecimiento de una batalla como jamás los hombres hayan visto otra. ¡Qué fecundidad! ¡qué imaginacion! ¡qué vehemencia!

Los dioses oponen á este ciego y formidable furor la serenidad, la fuerza y habilidad que simbolizan el orden. Selene, á caballo, se abre paso por entre gigantes y otros monstruos, y volviendo la cabeza, deja ver un rostro de una hermosura y tranquilidad hechiceras. Otra diosa pone el pié sobre el cadáver de un vencido, y mira con calma en torno suyo, como buscando otro adversario terrible. Una diosa y un hermoso gigante llegan á las manos, pero se contienen, él admirado de la belleza de ella, y ésta sorprendida de ver tanta gallardía en su adversario. Helios, revestido de un espléndido manto rozagante, entra montado en una cuadriga, cuyos caballos se abren paso por entre un monton de cadáveres. Hércules blande su terrible maza, sin hacer caso del enemigo á quien acaba de derribar. Hécate, la diosa del triple cuerpo, lucha á la vez con varios gigantes, blandiendo con sus tres brazos derechos una espada, una antorcha y una lanza. Un gigante cae á sus piés en el acto de lanzarle un peñasco, y se cubre con esta piedra, para evitar el golpe mortal, pero un perro se le arroja encima, le coge por una pierna, y se la tritura con frenesí.

Cibeles corre por entre muertos y vivos montada en un fiero y ágil leon. Apolo aterrta á un gigante, saca otra flecha de su aljaba y continúa el combate. Otro gigante acomete furiosamente á Diana, que fria y desdenosa, le dispara un terrible flechazo. A sus piés yace un gigante herido, á quien un perro tiene cogido por el pescuezo, haciéndole gritar y contraerse: el gigante está formado de miembros de hombre y cabezas de serpiente, y estas serpientes embisten á Diana, y tropezando con su escudo, lo muerden iracundamente, haciendo crujir el metal. Minerva entra en lo más terrible del combate, grave, serena y penetrante; y cogiendo por los cabellos á un corpulento gigante que la acomete, lo derriba en el suelo, como si fuera una paja. El gigante quiere blandir sus armas, cuando una gran serpiente se le enrosca en el brazo, y paraliza sus movimientos. A los piés de Minerva, la Tierra, en figura de una madre desesperada, se presenta á la vista de la diosa, y le pide clemencia para los gigantes, sus hijos extraviados. Por fin Júpiter omnipotente, majestuoso, irresistible, aparece armado de sus rayos, y pelea en favor del Olimpo: mata de un rayo á un gigante que se precipita sobre él; pasa por encima de su cuerpo, y derriba á otro, que habia corrido á ayudar á su compañero. Un tercer gigante, medio hombre y medio serpiente, que ve este estrago, corre á contener al dios de los dioses; y mirándole con orgullo, levanta su brazo formidable envuelto en una piel de leon. Va á trabarse el combate, pero el sereno rostro de Júpiter revela que el resultado no es dudoso. En efecto, una Victoria rasga los aires, y en señal de triunfo, pone una corona en la cabeza de Minerva. Tal es á grandes rasgos la *Gigantomaquia de Pérgamo*.

Hasta ahora no ha podido averiguarse quiénes sean los autores de obra tan colosal; pero de ciertos datos se ha desprendido que fué hecha entre el siglo primero y el segundo de nuestra era. Dejando pues aparte la

primera circunstancia, fijémosnos en la segunda. Ella demuestra que el arte griego, lejos de haber decaído, se encaminaba ó había llegado á una trasformación, que á no interrumpir el dominio del cristianismo, hubiera sido fecunda en obras magistrales. El arte monumental, de ponderativo y grandioso que había sido bajo Fidias; de gracioso y majestuoso que lo había hecho la escuela de Praxiteles; y de ecléctico que era bajo Scopas y sus discípulos, había entrado franca y resueltamente en el naturalismo y la acción, sin perder nada de la habilidad, belleza y grandiosidad que debe tener. Hay allí una combinación tan bien formada de la verdad con todas sus fealdades, de la imaginación con todos sus recursos y del buen gusto con sus rigurosas exigencias, que es un modelo en su género; y en adelante, cuantos quieran unir en una obra monumental, ó particular, estos elementos tan difíciles de combinar, hallarán en los mármoles de Pérgamo, ya colocados en el museo de Berlín, las lecciones más magistrales que puedan desearse. Sin duda el mérito de la forma pura, ó estilo, no es igual en todos los episodios; sin duda lo mejor dista mucho de estar á la altura de Fidias y Praxiteles; sin duda hay trozos mal hechos, disformes y apenas desbastados; pero téngase en cuenta que se trata de esculturas que abrazan más de 100 metros de largo por más de 2 de alto; y es imposible humanamente llevar á cabo una obra tan colosal, con una perfección relativa de la forma. La verdad es que, en conjunto, por el concepto, la extensión, la inspiración, la originalidad y el arte, es lo más importante que poseemos después de las obras del Partenón. El friso de Pérgamo cogió la escultura monumental dramática donde la habían dejado los artistas del *Templo de Egina*; y trasformándola con el auxilio de los grandes progresos que había hecho la ciencia y la belleza del arte, la llevó á la altura donde debía estar; le dió la expresión propia y original que no supo imponerse Scopas, ni su escuela, á juzgar por las estatuas de la *Niobe* y por otros restos que poseemos. Si el friso de Pérgamo no tiene una belleza plástica de primer orden, no impide esto que sea un monumento artístico de la mayor importancia, por la propiedad, la poesía y la forma.

¿Cabe comparar esta obra con las *Puertas del Batisterio de Florencia*, que esculpió Ghiberti? Hé aquí una pregunta que me deja bastante incierto. Las esculturas de dichas puertas son miniaturas, comparadas con las de Pérgamo; y hasta prescindiendo de tal desventaja, carecen de la imaginación y grandiosidad de estas. Ghiberti fué, sin duda, un artista de la raza de los autores de aquel friso; y si tenemos en cuenta la época en que brilló, y el mérito intrínseco de sus obras, no le hallaremos del todo inferior, aunque las producciones lo sean. Hay en las *Puertas* de Florencia tanta imaginación, tanta ciencia, tanto gusto, tanto arte, que nunca dejarán de ser una obra extraordinaria. Pero la escuela de donde salieron los escultores de Pérgamo era mucho más alta que aquella de la cual salió Ghiberti, y los orígenes de su inspiración mucho más libres y grandiosos que los del escultor florentino. La obra de



JARRÓN existente en los jardines del Real Sitio de San Ildefonso

Florencia no cae ante la de Pérgamo; sino que pertenece á otro arte menos potente, menos científico, menos dotado de grandes y perfectos maestros. Es una obra de un progreso colosal, de una audacia superior, de una destreza suprema, de una imaginación vivísima, de un gusto puro, que apareciendo como un sol en los albores del Renacimiento, fué una de las antorchas que más iluminaron á Leo-

el antiguo, pero este tiene un gusto más seguro, más inalterable y acertado en la forma de sus personajes, pues contenido por reglas indiscutibles, que toda la Grecia acataba, se libra, sin saber tanto como el artista florentino, de los grandes extravíos en que este cayó. Así es que aunque el estilo de la *Gigantomaquia* no sea de primer orden, ni por la ciencia, ni por la novedad; aunque

recuerde los procedimientos de muchos escultores griegos anteriores; aunque sea siempre superficial, no cometió los yerros que Miguel Angel cometió á sabiendas. Por todas estas razones, pues, el monumento de Pérgamo y el del Vaticano son dignos de compararse entre sí, sin perjudicarlos en el conjunto, ni en los detalles; porque si en el conjunto llegan al primer orden por diferentes caminos, el antiguo por imaginación y acción, y el moderno por imaginación y movimiento, en los detalles rivalizan entre sí con no menos originalidad.

L. CARRERAS



GRUPO ESCULTÓRICO DEL GRAN ALTAR DE PÉRGAMO: Minerva luchando con los gigantes

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN